

el gran condor al cielo se avecina,  
mientras cantan aquí con voz de amores  
blancas palomas, pardos ruiseñores.

IV.

Mas si á vosotras sujetó natura  
á nacer y morar siempre en el suelo,  
alzais, oh flores, vuestra frente al cielo,  
radiantes de pureza y hermosura:  
y no sois menos libres, si en la altura  
no podeis extender pujante vuelo;  
pues si os coje una mano aborrecida,  
dais con la libertad la dulce vida.

V.

En el valle, en el bosque, en la pradera,  
junto á ignorado arroyo ó clara fuente,  
contemplais en la linfa transparente  
vuestra flexible imágen hechicera;  
mientras áura balsámica y ligera  
fecunda vuestro cáliz blandamente  
con invisible gérmen y semilla,  
que de otra zona recogió en la orilla.

VI.

Los vientos enmaridan á las flores  
á través de los montes y los mares,  
los vientos con suavísimos cantares  
las halagan y entonan sus amores;  
y los vientos tambien en sus furoros  
marchitas las arrastran á millares;  
que del Creador la inconspicua mano  
juntó la dicha y el dolor insano.

VII.

Yo las hé visto lánguidas doblarse  
al rudo noto y á la voz del trueno:  
en polvo vil y en abatido cieno  
hé mirado sus hojas agitarse:  
las hé escuchado fléviles quejarse  
unas con otras en el valle ameno  
que la tormenta rugidora, impía,  
en páramo de muerte convertía.

VIII.

Y las aves con ala voladora  
mojadas del turbion enfurecido,  
buscaban rándas el seguro nido  
bajo la espesa rama salvadora:  
trémulo el pecho, en ánsia aterradora,  
ni aun osaban alzar triste gemido;  
¿qué alcanzarán sus míseros lamentos,  
si el rayo, el huracan luchan violentos?

IX.

Pasan las nubes, y en la azul esfera  
su arco de triunfo el iris levantando,  
con la tierra los cielos abrazando,  
es símbolo de paz que el alma espera.  
Recobra el campo su beldad primera,

y el bosque sus ramages agitando,  
se corona de gotas suspendidas,  
que son diamantes por el sol heridas.

X.

Suena el arrullo de leal paloma,  
la música de tiernos ruiseñores,  
vierten entonces húmedas las flores  
la grata esencia de su blando aroma:  
sacude el árbol la pintada poma,  
se alza un himno feliz de paz y amores,  
y al cielo sube cual debido incienso  
libre flotando en el espacio inmenso.

XI.

¡Oh, cuántas veces lo escuché gozoso  
en las riberas de la pátria mia!  
¡Cuántas veces henchido de alegría  
mi ardiente corazón latió dichoso,  
cuando á la selva, al valle rumoroso,  
pensativo mis pasos dirigia,  
y en soledad dulcísima gozaba,  
y en delirios sin nombre me embriagaba!

XII.

Porque os adoro yo, tímidas aves,  
y yo, cándidas flores, os adoro,  
y en mi alma guardo mi mayor tesoro  
que son afectos nobles y suaves:  
y si en mis horas de congojas graves  
ni pena nuestro, ni piedad imploro,  
más de una vez el sentimiento ageno  
nubló mi rostro y se abrigó en mi seno.

XIII.

Yo os digo hermanos, pájaros y flores,  
porque siempre vivís do quier unidos:  
os llamo tiernos, porque sois queridos  
de almas puras que os rinden sus amores.  
¡Oh, que jamás los cierzos bramadores  
echen por tierra vuestros leves nidos,  
ni tronchen vuestro tallo en su porfía!  
Que alegre y claro os acaricie el día!

NARCISO CAMPILLO.

Una Excursion Veraniega.

(Me abrasso de ardores ígneos,  
¡Jesus, esposo, y qué vómitos!  
Si á los puertos no me llevas,  
Voy á parir un fenómeno).

Cancion antisocial.

Cuando más baja el carbon de encina y  
sube más el termómetro de Reaumur, cuan-  
do se eclipsan totalmente los sabañones y  
las capas, señal es infalible de que el rubio

Apolo está haciendo de las suyas con el in-  
feliz género humano, á quien caldea, en-  
ciende, achicharra, etc. etc. Mas no vaya á  
creer alguno, atendida la naturaleza artísti-  
ca del dios crinado, que si inflama á los mor-  
tales en esta época, es en el fuego de la ins-  
piracion para que produzcan obras vencedo-  
ras del tiempo y del olvido. Nada de eso:  
los periódicos de literatura se encargan de  
probarlos lo contrario, asestandonos cada  
composicion ó descomposicion capaz de ha-  
cer rechinar los dientes á un potro cerril, y  
en las demás artes no vamos mucho más ade-  
lantados; si bien de esta regla general es ne-  
cesario exceptuar con la debida alabanza y  
el más campaneado elogio al sapientísimo  
vate D. José Gonzalez Estrada, introductor  
y propagador en nuestra España de la poe-  
sia *pentacróstica, laberintica, paralelepípeda*;  
el cual merece por ende una corona tal y  
tan bien puesta, que á tres tirones no se le  
caiga. Hecha esta salvedad en obsequio al  
génio, digo que el calor de que ahora dis-  
frutamos, no es calor intelectual ni imagina-  
tivo; sino corporal y físico; por lo cual suda-  
mos como bueyes que acaban de soltar la re-  
ja de la labranza. Y para no liquidarnos  
completamente, para no carbonizarnos vivos  
como los inmóviles *yoguis* de la India, justo  
y racional es que tratemos de buscar el fres-  
co y la agradable temperatura que nos falta.  
¿Dónde? Claro está: en los baños. Pues ven-  
ga la sábana y marchemos al rio. Precisa-  
mente hay donde escoger: ahí están abiertos  
al público muy curiosos y bien dispuestos  
los cajones de las puertas de San Juan, de  
Triana y de Jerez, y aun hay otros en la  
opuesta orilla. Pero el rio! qué cosa tna  
vulgar y anti-aristocrática y tan, tan...  
Vamos, bañarse en el rio, es como no bañarse  
en ninguna parte: es manifestar escasez pecu-  
niaria: es cosa de gente de poco pelo, y en  
suma, un crimen de lesa elegancia. ¿Qué  
importa que pueda aplicarse al Guadalquivir  
aquellos de Garcilaso cuando dijo

Corrientes aguas, puras, cristalinas,  
Arboles que os estáis mirando en ellas, etc.

Al fin Garcilaso vivió hace muchos años, y  
el rio no deja de ser el rio. Mas los baños de  
los puertos... ¡Oh! los puertos... qué co-  
sa tan deliciosa deben de ser los puertos!

Así habla la Reina Moda. Su voz es man-  
dato, y su mandato no tiene réplica. Y ¿có-  
mo há de tenerla, cuando solo se juzga por  
exterioridades y se dispensa á cualquiera de  
tener decoro, con tal de que se presente de  
una manera *decorosa*, esto es con levita y

sombrero de copa? Por tanto, la Reina Mo-  
da impera con dominio ilimitado. Una de  
sus más obedientes súbditas, la señora doña  
Mencia Relumbrones, se hallaba inquieta,  
antojadiza, nerviosa, no pudiendo acostum-  
brarse á la atroz idea de pasar el verano en  
Sevilla, sin tener el gusto de zarandear su  
no muy gentil persona de Cádiz al Puerto y  
del Puerto á Sanlúcar y desde esta á Chi-  
piona; como si digéramos de Zeca en Meca  
y de Herodes á Pilatos. Su marido (no el  
marido de Pilatos, sino el de la señora doña  
Mencia), es un hombrecito, si diminutivo en  
persona, aumentativo en cualidades; pues á  
más de ser simplon y bonachón, alcanza no  
pocos puntos de comodón; á lo cual le incli-  
nan no precisamente sus años, que no llegan á  
cincuenta, sino cierta protuberancia abdomi-  
nal, vulgo *barriga*: cosa indispeusable para  
hacer á un hombre persona grave y de peso.  
Está visto: la respetabilidad reside en el  
vientre. Este tal marido de esta cual doña  
Mencia Relumbrones, que se hallaba en lo  
que han dado en llamar *estado interesante*,  
no pudo ver con indiferencia á su consorte  
tan alicaída y ojimústia: y procurando sa-  
carla de su abatimiento, la ofreció ¡infeliz!  
llevarla á los baños de mar. Es cierto, que  
su ofrecimiento fué provocado en gran parte  
por las fúnebres historias en que su esposa  
le relatava casos de mugeres embarazadas  
que habian dado á luz espantosos fenóme-  
nos, por no haber satisfecho algun deseo, in-  
dicándole de camino el suyo; y el cándido es-  
poso que no pensaba ganar dinero por las fé-  
rias enseñando su prole, cayó en la red y dió  
su promesa, que fué aceptada rápida y so-  
lemnemente. Hé aquí, pues, á doña Mencia  
regocijada y llena de actividad: ya abre bau-  
les, ya cierra cómodas, ya prepara y dobla  
vestidos, ya los empaqueta, reúne á su ma-  
dre, sus tres hijos, sus dos hermanas solte-  
ronas, sin olvidar al habanero perrito Mela-  
pías, propiedad comun de estas: deja encar-  
gada la casa á una persona de su confianza  
y por último, sale triunfalmente del brazo  
de su esposo don Crisóstomo: todo con tal ra-  
pidez, como expresa cierto romance al decir:

Yá se avalanzan los moros,  
en la Guardia dan rebato,  
yá se salen de Jaen  
cuatrocientos fijosdalgo.

Don Crisóstomo y su familia se encami-  
nan á Cádiz: jirán en vapor ó en ferro-car-  
ril? El uno marea, el otro aturde y muele  
los huesos: por una parte la posibilidad del  
naufragio; por otra, la de un choque violen-  
to que los mande tal vez á distinto planeta...



¿qué hacer? Por fin, eligen vehículo; no importa cuál, y sanos y salvos pisan gozosos la gaditana playa. No encontrando un primer piso, procuran buscar un segundo, y no dando con él tampoco, se acomodan en un tercero, ó mejor dicho, en parte de un tercero, pues la arrendadora, como no tenia intenciones de vivir en medio de la calle, quedóse con un par de habitaciones para su uso. D. Crisóstomo, doña Mencía, su madre, sus tres angelitos y sus dos hermanas solteronas, amen del habanero Melapias y de una criada, estrecháronse, embebiéronse y apelonáronse en su reducido departamento, empezando á gustar las inefables delicias de una expedición veraniega.

Principiaron por querer quitarse el traje de camino para ponerse otro más fresco y casero. ¡Fatalidad! ¿Cómo habian de poder abrir los baules si no habian traído el manajo de las llaves, dejándolo olvidado en Sevilla? Mesóse don Crisóstomo las barbas, tomó una sofocación la señora Relumbrones y otra su mamá, gritaban las hermanas, lloraban los niños, la criada gruñía y todos se culpaban mutuamente de un olvido, hijo de la precipitación de todos ellos. Parte telegráfico y que venga el criado á traer las deseadas llaves. Entre tanto, á descansar, pues aunque el viaje ha sido corto, no deja de producir fatiga en personas acostumbradas á la inmovilidad de una vida sedentaria. ¡Descansar! pensarle es cosa fácil; pero en la ejecución está el cuento. Apenas se han aligerado de ropa y entornado sus respectivas ventanas, cuando empieza á descender magestuosamente sobre todos ellos, no el dios Morfeo coronado de adormideras y húmedas las alas con licor suave, sino un ejército de chinches tamañas como garbanzos, las cuales con un silencio admirable atacan á los intrusos huéspedes. El primero que protestó contra las demasías de aquel ganado sin pastor, fué nuestro don Crisóstomo, quien, abriendo la ventana y contemplando el movible cordón que iba y venia desde el techo á la cama y desde la cama al techo, tiró de la campanilla, y por si no se oía bien, con grandes voces llamaba á su patrona. Presentóse esta á medio vestir ante su huésped que estaba á medio desaudar, y entablaron *plus minusve*, el diálogo siguiente:

—¿En qué casa he venido á parar? ¿Qué demonios de vichos son esos?

—Ha venido V. á parar á mi casa, y esos vichos son chinches: ¿pensaba V. que eran serpientes?

—Lo que pienso que no es posible descansar con semejantes insectos.

—¿Qué ha de haber ciento! Pues si apenas veo cuatro ó cinco docenas! Ponderaciones: bien se conoce que es usted sevillano.

—Soy castellano viejo; pero ahora quisiera ser un huracán para tirar patas arriba esta casa.

—Pues todas son lo mismo; y si no le acomoda esta, vaya V. á otra, que puede ser que haiga hasta leones.

Dicho esto, le vuelve la espalda, dejándolo solo para que pueda entretenerse en contar aquel ganado y ver si llega al número ciento, como ella habia entendido, ó si efectivamente no son más que cuatro ó cinco docenas. ¡Encantadora situación, placeres veraniegos!

Gracias á la combinada velocidad del telégrafo que llevó la noticia, y del ferro-carriil que trajo al criado, presentóse este á la siguiente mañana ante su amo; pero en vez de entregarle el manajo de llaves pedido, sacó de la blusa una gran llave parecida á un fusil, que el desventurado don Crisóstomo reconoció al punto, por ser la de la puerta de su casa. Indeciso estuvo entre romperle ó no con ella la cabeza al torpe sirviente, que con tanta bocaña abierta semejava la estatua de la estupidez, escuchando en silencio las quejas y reniegos de su señor á quien prestaba en aquel momento tan flaco servicio. ¡Oh engañoso telégrafo, que con su concisión dá márgen á tales gatuperios! El parte decia: "tráete las llaves, que es lo principal;" y el fámulo, pensando cuál sería la principal de las llaves, cargó con la de la puerta, que era á su galleguno entender la más importante, como la mayor de todas. Don Crisóstomo llama á un cerrajero y echando á perder baules, maletas y mundos, zanja la dificultad cortando por lo sano.

Don Crisóstomo sale á buscar nueva morada: trabaja y suda toda una semana y no la encuentra. En cambio, y para consuelo, disfruta cada día nuevos placeres en la suya. Tan pronto los vecinos de arriba arman una marimorena que el techo parece hundirse, como empieza un derribo en la acera de enfrente que lo asfixia entre nubes de polvo: ya un aficionado filarmónico de la casa inmediata lo aturde tres ó cuatro horas seguidas tocando en el trombon una misma nota, ya se le marcha la criada, ya recibe quejas por diabluras de sus angelitos, ya su suegra, esposa y cuñadas, mal avenidas con tanta estrechez, se enredan de palabras y casi andan á la greña.

Don Crisóstomo es atento y recibe visitas

de sus amigos, de los amigos de su mujer y su suegra, y de los amigos de sus cuñadas. Todos le dicen muy formalmente que ha venido á divertirse y descansar una temporada; pero por más que se lo aseguran, no puede creerlo.

Don Crisóstomo, que es algo observador, observa al cabo de algun tiempo que han enflaquecido su cuerpo y su bolsa. En cambio, han engordado la dueña de la casa y el perrito habanero.

Don Crisóstomo vá perdiendo la paciencia: su esposa está peor desde que se baña en las cerúleas ondas; pero el médico dice que son los nervios la causa, y ante razón tan sublime hay que humillarse.

Por último, don Crisóstomo experimentó tantas calamidades, que se volvió hombre; es decir, tomó una resolución firme. Apareció una tarde en sus habitaciones con una lucida guardia de costaleros, cogió todos los chismes, incluso los de su muger, suegra y cuñadas, echó los niños por delante, pilló el tren y se largó haciéndose cruces. Por el camino pensaba si le habrian salido alas á la torre de la catedral y á los veinte y cinco barrios de Sevilla, y se habrian marchado al polo antártico: ¡tanto era su deseo de verse en ella, que temia que la ciudad hubiese huido volando por los aires! ¿Cómo habia cometido la necedad de abandonar su casa tan cómoda, tan amplia, con su gran patio fresco y enlosado, donde se puede dormir á la sombra del toldo y al arrullo de la fuente, por un tercer piso incómodo y feo, carísimo de precio, y lleno de... de... peor es menearlo? ¡Oh tirana Reina Moda! De ella bien pudiera decirse, parodiando á Espronceda:

¡Oh Moda! Oh Moda! lisonjero engaño que á tanta gente honrada precipitas!

Don Crisóstomo y familia regresaron por fin: la persona de confianza encargada de la casa, habia hecho en la despena un horroso estrago: los muebles yacian bajo espesas capas de polvo, el antes limpio pavimento estaba cubierto de pellejos y huesos de fruta, muchos cristales habian sido rotos, sin duda para dejar pasar el fresco, y todo presentaba el aspecto de una casa sin dueño, que es cuanto cabe ponderarse.

Pasados ocho días y apenas se habian puesto las cosas en órden, y empezaban á olvidar las recientes incomodidades, don Crisóstomo recibió una carta. No era carta blanca, ni carta-órden, ni carta-poder, ni carta de pago, ni aun siquiera carta de la baraja; si-

no una misiva de su ex-patrona, suplicándole estuviese á la vista de un enredado pleito que tenia en esta Audiencia; es decir comprometiéndolo á lanzarse en el pantanoso charco de la curia, y á perder á la par tiempo y tranquilidad con negocios ajenos. Pero felizmente don Crisóstomo, que habia estudiado latinidad y traducido á Horacio, recordaba muy bien aquello de

Beatus ille, qui procul negotiis,  
.....  
forumque vitat etc.

Por lo cuál, no contestó palabra á tal encargo, no queriendo nada que le recordase su expedición. Solo cuando se incomodaba con alguno, en vez de decirle, ojalá te viera en la punta de un cuerno, acostumbraba á exclamar con doblada intencion: "¡ojalá te viese veraneando!"

NARCISO CAMPILLO.

La gratitud del nubero.

CUENTO POPULAR ASTURIANO.

I.

Óf contar, cuando niño, que, muchos siglos há, volviendo un vecino de Pria del largo cautiverio en que, apresado por los moros, habia gemido, le sorprendió fria y oscura noche de Junio al atravesar la fragosa y altísima cordillera que separa de Castilla á las Asturias, sin que el cuitado descubriese vivienda alguna donde pudiera guarecerse, seguro de servir de cena á los hambrientos lobos, cuyos terribles aullidos comenzaban á resonar por las selvosas cañadas; hasta que, tornando los ojos al cielo en demanda de amparo, divisó indicios de albergue humano en la trémula luz que sobre una de las más enhiestas y escarpadas cumbres resplandecia. Verla y trepar hácia ella más ligero que un corzo, á pesar de lo fatigado que se hallaba, todo fué uno; y pocos momentos despues ya habia cumplido su anhelo, no sin recibir algunos rasguños de los erizados matorrales, dominando la eminente cima donde la consoladora lucecita brillaba semejante á otras mil que acá y allá, esparcidas por las quebradas montañas, se ofrecieron entonces á la vista del solitario caminante, mientras ni una sola estrella



relucia en toda la extension del encapotado firmamento.

—¿Quién llega?—preguntó con voz de rana una astrosa viejecita, que, asomando su cabeza por la tierra, verticalmente cortada, tenía en la mano derecha la tea que guiara á aquel sitio los pasos, ó más bien saltos, de nuestro héroe.

—Un viajero extraviado, respondió éste, tiritando de miedo, como una hoja movida por el viento.

—Mal camino traes, buen hombre—replicó la encuevada vieja.

—No será tan malo, si me das hospitalidad; que hace mucho frio y estoy en extremo cansado, repuso, cobrando aliento, el hijo de Pelayo.

—Es imposible; aquí no entra nadie más que mi marido.

—Y ¿dónde está tu marido?

—Fué esta mañana á tronar con todos sus compañeros; los estamos aguardando: esas luces que ves sobre los montes, distintas en magnitud y colores, son señuelos para que acierten con sus respectivas moradas.

—Es decir, que estoy en tierra de *nuberos*.

—Sí.

—Y ¿á qué region han llevado hoy la tempestad?

—A Asturias; al concejo de Llanes: estamos á matar con aquella gente.

—De allí soy yo cabalmente. ¡Buenos habrán puesto nuestros maizales!

Aquí llegaban en su diálogo el ex-captivo y la vieja, cuando una densa nube, subiendo de la parte del Norte, empezó á envolver rápidamente toda la cordillera con un rumor semejante al que en los bosques forma el vendaval.

—Ahí vienen,—dijo gozosa la *nubera*.

Con efecto, no tardó en aparecer su marido, hombrecillo de dos pies de talla, cara ahumada, en que resaltaba lo blanco de los ojos, vestido de piel de oso, y sombrero semejante á un cuervo con las alas desplegadas.

—¿Qué hace aquí este hombre?—gritó con voz ronca al posarse en el suelo y reparar en el errante asturiano que, á pesar de su probado valor, temblaba de piés á cabeza cual si estuviese azogado, mientras iban unas tras otras apagándose las luces de las alturas.

—Soy asturiano. Extraviado en estos montes, subí hasta aquí en busca de asilo....

—¿Asturiano! ¿de qué pueblo?

—De Pria,

—En Pria justamente estuve hoy mismo, ejecutando los mandatos del cielo... ¿cómo te llamas?

—Juan de Juana.

—¡Oh amigo mio! ¡El hombre más honrado de las dos Asturias! ¡Dáme esos brazos! ¿cuánto celebro tener esta ocasion de pagarte el favor que hace años me dispensaste! ¿No te acuerdas? Estábamos próximos á descargar el más espeso y asolador nublado sobre el valle de S. Jorge en castigo de sus extravíos, cuando para conjurar la tempestad, acudieron sus amedrentados habitantes á las campanas de las Iglesias, cuyos trémulos tañidos producian un inmenso y prolongado clamoreo sobre los verdes campos. Sus ecos, penetrando en las nubes, nos privaron del sentido, y disipada la tormenta, caimos precipitados en los barrancos de las vecinas montañas. En uno de estos me encontraste tú que, siguiendo hácia arriba las márgenes del Ereba, te encaminabas, al caer la tarde, á tu cabaña de la *Friera*. Me encontraste y me diste posada. Al amanecer del día siguiente desaparecí entre la niebla que cubria la ancha cuenca del rio. Todo lo recuerdo bien. No tengas cuidado, pues, que estás en tierra de amigos. Y ¿á qué motivo debo tan feliz encuentro?

—Diez años hace, contestó el astur, alentado por el tono benévolo del *nubero*, diez años hace que falto de mi casa y no veo á mi familia, ni sé de ella. A poco de haberte acogido en el monte fuí á Andalucía, en la mesnada del conde de Aguilar, á la guerra contra el moro, y caí prisionero y viví cautivo, si aquello puede llamarse vida, hasta que por fin logré fugarme con la ayuda de Dios... Pero dime, ¿qué es de mi familia? ¿qué sabes de mi muger y del niño, primer fruto de nuestros amores?

—Tu familia nada en la abundancia, porque yo, agradecido á tu beneficencia, tuve siempre especial cuidado de tus heredades, apartando de ellas, así los excesivos calores como las granizadas y aguaceros que desolan la campiña. Tu niño está hermoso; más de cuatro veces he arrullado su sueño con apacibles murmullos. Pero tu muger... ¡mala noticia tengo que darte!

—¿Qué! ¿ha muerto?

—Todo lo contrario; se vá á casar con tu más querido amigo, con Rafael....

—Eso no es posible, viviendo yo....

—Todo el mundo te juzga muerto en la guerra. Nueve años ha llevado luto por tí tu Rosalía. ¡No debes de estar descontento de su fidelidad!

—¡Dios mio! ¡Dios mio!.. Y ¿cuándo se

celebra esa maldita boda?

—Mañana mismo al ser de dia.

—¡Ay!.. ya no podré impedirla.... ¡Mi Rosalía en poder de otro!

—No te aflijas, ni te desesperes, Juan; todo tiene remedio. Ya sabes que soy tu mejor amigo.

—Sí, sí.... ¿qué remedio es ese?—interrogó impaciente el hijo de Juana.

—Atiende, y si haces lo que voy á decirte, estás seguro de que ese matrimonio, que tan mal te sabe, no se verificará.

—¿Qué no haré yo?....

—Pues bien, oye. Mañana, antes que los rayos del sol hieran las más altas cimas, levántate, monta sobre un *castron* que hallarás aquí, y déjate ir.... El te trasladará á Pria en un santiamén.

—Pero ¿y si nos vé algun cazador y, creyendo que somos un buitres ó cosa por el estilo, nos dispara sus ballestas?

—Nada temas: te hará invisible una gran nube.

—Y ¿si me desmonto y doy la más descomunal caída que se ha visto, ni oído desde los tiempos de Simon Mago?

—Repito que nada temas. Aunque quisieras, no podrías caer, porque el lomo del *castron* te atraerá como si fuese de piedra iman. Además, todo es cosa de breves momentos. Verás á Asturias á vista de pájaro, con sus hondos y pintorescos valles, sus vírgenes selvas, sus cristalinos rios, sus altísimas montañas.... y luego.... ¡el sol alzándose magestuoso allá en oriente!.... Te digo que es un delicioso viaje.

—Pues, señor; sea así; que por mal que me vaya, todo lo prefiero á encontrar consumado el segundo casamiento de Rosalía. ¡Ingrata! Y ¡yo no cesaba de suspirar por ella!

—Nada, nada, déjate de suspiros, y vente á descansar, que bien lo habrás menester.

Dicho esto, penetró en su cueva el afable *nubero*, seguido de Juan, que entonces tuvo ocasion de ver la anchísima caldera, siempre hirviente, de donde surgen las nubes, la gran fragua en que se forjan los rayos, la inmensa cascada que, resurtiendo al despeñarse en el abismo, con su espuma provee de nieve y de granizo á los directores de las tormentas, cuyas cavernosas mansiones se comunican entre sí por medio de innumerables galerías....

Pero dejemos á Juan dormir en aquel mundo misterioso, al son de los infinitos rumores de que está poblado, mientras, arrojando los celages que enlutan la bóveda celeste y tendiendo sobre la naturaleza como

un velo sus plateados fulgores, aparece silenciosa y risueña la luna, á quien saludan con su sordo estruendo los torrentes, los lobos con su medroso aullar, con su áspera canturía las ranas de los tremedales, y los escuezos de las sierras, semejantes á almas en pena, con sus lúgubres sollozos, de valle en valle y de montaña en montaña repetidos.

II.

En la parte occidental del *Valle de San Jorge*, sobre una colina tendida, cual enorme buque volcado, desde el *Aguamía* hasta el *Ereba* que riega las fértiles huertas y praderas de *Nueva*, antes *Puebla de Aguilar*, mi cara patria adoptiva, levántase el modesto templo donde los fieles hijos de *Pria* tributan perenne culto al príncipe de los Apóstoles, su intercesor para con el Eterno Padre. Desde allí, sobre todo en verano, al nacer y al ponerse el sol, se descubren las perspectivas más encantadoras que imaginarse pueden. Hácia el Septentrion se nos presenta, en primer término, una extensa planicie sembrada de frondosos pueblecitos, pardos peñascos, pajizas praderas, y lozanos maizales: y más allá, en segunda línea, el espumoso mar cantábrico que, desvanecido en el remoto horizonte, dilata á nuestra vista sus azules, inquietas ondas, surcadas de blancas naves, desde Gijon hasta Santander, besando mansamente cien alegres, arenosas playas, y batiendo con profundo murmullo mil cavernosas rocas, que enfrenan su osadía. Si giramos los ojos al Oriente, vemos á lo largo del monte y del Océano, que lo encierran, el apacible *valle de San Jorge*, semejante á arcádica floresta, regado por fecundos riachuelos y cubierto de populosos lugares que parecen bandadas de palomas entre sus arboledas de robles, encinas, álamos y alisos, castaños y pomares, cerezos y nogales, naranjos y limoneros. Al Sudeste, tras ágricos, escalonados montes, más altos cuanto más distantes, se divisan en lontananza, como puntales del firmamento, los inaccesibles *Picos de Europa*, siempre coronados de nieve, distinguiéndose en medio de ellos, á manera de colosal columna ó torre de Babel, el admirable *Naranjo de Bulnes*. Por el Sur cierra el horizonte la próxima cordillera, en cuyo centro sobresale la *peña del Mediodía*, desde donde en las noches serenas se columbra el centelleo del faro de Santander. Tendemos, por último, la mirada en direccion al Oeste, y nos muestra el *Sella* sus feraces campiñas, sus cortadas y estériles montañas, de entre las cuales se



destaca la pirámide inmensurable de *Sueve*, al propio tiempo que *Lastres*, madre fecunda de intrépidos pescadores, sonríe á las caricias del mar, en cuyas aguas, cual en magnífico espejo, se contempla á solas.

Tales eran los deleitables cuadros en que Rosalía y Rafael (de quienes ya sabe el lector) hubieran podido apacentar su vista, si más dulces pensamientos no embargáran su espíritu al llegar á la iglesia, cuando los primeros rayos de un sol de Junio doraban las chispeantes aguas del mar frente al romanesco y solitario monasterio de *San Antolín de Bedon*, en el confín oriental del *valle de San Jorge*. Capa de paño pedroso, calzon corto, y montera de lo mismo con ala de pana plegada, ostentaba el novio; y saya de estameña sobre refajo encarnado, *reboción y mantellina* con franjas de terciopelo, la fresca viudita que iba á entrar en segundas nupcias. Blancas medias de lana y *corizas*, ó sean zuecos de piel de vaca sin curtir y de una sola pieza, constituían el calzado de uno y otro. Acompañábanlos, en traje tambien de gala, los padrinos y algunas otras personas de las respectivas familias. A poco de aguardar sentados en torno del corpulento roble, que ante la puerta principal de la iglesia desplegaba su pomposo ramaje, salió con el sacristan al lado á desposarlos el párroco revestido de los sagrados paramentos. Tendió el señor Cura sobre los circunstantes una mirada indagadora, y luego dijo: —Veo que falta un testigo; sin él no podemos dar un paso; es preciso buscarlo.

—No se molesten sus mercedes, que aquí estoy yo, contestó sin darles tiempo para pensar nada, descolgándose de las ramas del roble, un hombre que se asiera á ellas, mientras la parda nube, en cuyo seno había salvado el erguido *pico del Mediodía*, se precipitaba en el vecino mar. Era Juan de Juana. El mismo, con su fornido cuerpo, su moreno semblante y regulares facciones, con aquellos mismos grandes ojos, donde diez años atrás tantas veces se había mirado Rosalía, cautiva ahora de otros menos grandes y hermosos; pero más *nuevos* para ella. Con todo, su mujer no le reconoció la primera; fué el anciano Cura quien le llamó al instante por su nombre y apellido, dándole la bienvenida. Rafael, por más que esforzaba su entendimiento, no podía comprender cómo un amigo tan leal como Juan lo había sido para él, tenia ahora la desdichada ocurrencia de presentarse al cabo de tanto tiempo á desbaratar bodas, y pretendia hallar la solución de tan intrincado problema, dando vueltas entre sus manos á su engalanada

montera. Entre tanto, Rosalía con golpe de vista mujeril, que es como si dijéramos, rápido y acertado, echó sus cuentas para sí y sus brazos al cuello de Juan, murmurando entre dientes ciertas palabras que él se imaginó de amores, y eran nada menos que este antiguo proverbio; "más vale malo conocido, que bueno por conocer," aunque á decir verdad, los tales amores se le antojaban un tanto ranciosos y trasnochados. Esto no impidió en manera alguna, que Rafael, con toda su torpeza, comprendiese que de primer galan había descendido á barba en aquella funcion, y más veloz que cabra montés huyese de aquel sitio, por no presenciarse las cariñosas demostraciones de su prometida hácia otro hombre, siquiera este hombre fuese su legítimo esposo, y como quien dice, el patron de aquella falúa.

Tampoco fueron estorbo semejantes imaginaciones para que los testigos aplaudiesen la vuelta del ex-cautivo en una suculenta comilona, donde algunos proveyeron para tres semanas los almacenes de su estómago; ni amargaron en lo más mínimo la felicidad de ambos cónyuges, por tan maravilloso medió reunidos. Sus campos estaban famosos, gracias á los constantes cuidados del génio protector; su hijo, ya muy espigadito, prometia ser un mozo de provecho, y la felicidad que por todas partes les sonreía, no les dejaba tiempo, ni humor para emplearse en celos y discordias. Excusado es decir, que Juan de Juana, que debía su bienestar y riqueza á la *gratitud del nubero*, y sabia que tanto le asustaban los repiques, aconsejó al digno párroco que no tañese campanas en tiempo de tempestad, pues era inútil arbitrio para desvanecer las tronadas; cuya idea comprobó con lo que había visto en Berbería, donde tales campanas no están en uso, y ahora en pleno siglo XIX confirman los físicos de más alto copete. Quien extrañe este rasgo del talento de Juan y lo niegue, no podrá negarle al menos lo que es más difícil todavía; ser oportuno. Y para imitarlo en esto, cierro aquí la narración, permitiéndome solo citar una sentencia, cual no la ideó tal filósofo alguno: *haz bien y no mires á quién.*

G. LAVERDE.

La Primavera.

*Solvitur acris hiems grata vice veris et favoni,  
Ac neque jam statulis gaudet pecus, aut arator igni,  
Nec prata canis albicant pruinis.* HORAT.

Yá por tus fértiles campos se extiende absorta mi vista, y mi corazon halaga la vagarosa armonía que alzan con leve murmullo tus arroyos y tus brisas. Primavera! yá te veo: tú eres vírgen, tú eres rica; jamás te miré tan pura, ni de tal pompa vestida. ¿Qué transparencia en el aire, bañado de luz divina! Púrpura y ámbar parecen las nubes que tú iluminas, montes de verdor los bosques, la tierra eden de delicias!

*Italia, jardín del mundo,  
madre del canto y la lira,  
contigo en belleza y gala  
compite la Andalucía;  
el Bétis al claro Pó,  
ni al Tíber soberbio envidia.*

Altos y oscuros laureles se retratan en las linfas, viste azahar el naranjo, viste grama la colina, canta el ruiseñor su pena allá en la selva escondida, y vuela á su amante nido sin temor la tortolilla. La yedra se enlaza al olmo, la jóven de amor suspira, y un afan inquieto y vago su pecho inocente agita. Que la gran naturaleza dó quiera espléndida brilla, y ardiente baja la noche y ardiente despunta el día. *Italia, jardín del mundo,  
madre del canto y la lira, &c.*

¿Quién no há soñado en el cielo, creyendo gozar sus dichas, si há mirado el sol poniente desde la oriental Sevilla? Pintanse las rojas nubes en las aguas cristalinas, los árboles y las aves entonan sus armonías, despierta el nocturno viento, leves sombras se avecinan, la religiosa campana suena lejos en la ermita y tras celajes azules se alza la luna adormida. ¡Hora llena de misterios, de paz y melancolía!

*Italia, jardín del mundo,  
madre del canto y la lira &c.*

¿Quién te mostró, Primavera, como vírgen fugitiva que pasa esparciendo rosas por las fértiles campiñas? Yo sobre trono de flores cual deidad te pintaría: aquí tienes tu morada, y si un punto te retiras no pierde su pompa el bosque aguardando tu venida. Sí; que apenas el follaje lejos de tí se marchita, otras hojas más lozanas cubren las ramas erguidas, dando á las aves albergue, voz al áura, al campo vida. *Italia, jardín del mundo,  
madre del canto y la lira &c.*

Las doncellas sevillanas yá celebran tu venida: órnán sus negros cabellos jazmines y clavellinas, como el manto de la noche blancas estrellas matizan. Hermosas son; su mirada es rayo de lumbre viva, como la rosa entreabierta es su boca peregrina, y cual cuello de paloma flexible el tallo de ninfa. ¿Por qué suspirais tan tristes, mujeres de extraños climas? ¿Ausentes vuestros esposos, vuestros amores olvidan? *Italia, jardín del mundo,  
madre del canto y la lira &c.*

Lejos de su ardiente arena el africano suspira, recuerda su sol de fuego, el leon, la palma altiva y la caravana errante que solitaria camina. El hijo del yerto polo ama su aterido clima y su cielo oscuro, en donde la ronca tormenta gira. Rápidos volad, mis versos, cantando la patria mia, la del cielo más dorado, la más espléndida y rica, la que dió á la madre España más tesoros de poesía. *Italia, jardín del mundo,  
madre del canto y la lira &c.*

Tu rico manto de oro tiende, Primavera amiga, cuna hermosa de las flores, del amor y la armonía: eres juventud del mundo y pura fuente de vida.



Tus anchos bosques frondosos,  
tu áura blanda fugitiva,  
tus arroyos y tus nubes  
que mil colores matizan,  
te saludan: oye el himno  
que en valles y montes vibra.

"Amor á tí, Primavera,  
"gloria á tí, deidad querida,  
"por quien se engalana el prado,  
"por quien resplandece el día."

Italia, jardín del mundo,  
madre del canto y la lira,  
contigo en belleza y gala  
compite la Andalucía;  
el Bétis al claro Pó,  
ni al Tíber soberbio envidia.

NARCISO CAMPILLO.

JULIAN ROMEA.

Años hace que el eminente actor D. Julian Romea padecía una rebelde y dolorosa enfermedad. Siguiendo el dictámen de su facultativo, se trasladó el día 10 de Agosto á los baños de Loeches, donde falleció á las pocas horas de su llegada.

Fué embalsamado su cadáver y trasladado á Madrid bajo la custodia del apreciable actor Sr. Oltra, comisionado al efecto, quedando depositado sobre un túmulo en el centro de la capilla de Nuestra Señora de la Novena, propiedad de los actores, en la parroquia de San Sebastian.

A las cinco de la tarde del día 14 se verificó el entierro, al que asistió una multitud de personas distinguidas.

El duelo lo presidia el señor Orovio, ministro interino de Fomento, y á sus lados iban los de Gracia y Justicia y Guerra, Escosura (D. Patricio), Nacarino Brabo (Don José), Sanchez (D. Miguel) y D. Agustín Perales.

Llevaban las cintas del féretro: como compañero y amigo de su juventud, D. Miguel de los Santos Alvarez; como escritor dramático, el ministro de Ultramar Sr. Rodriguez Rubí; como actor, D. Joaquín Arjona; como profesor del Conservatorio, el Sr. Saldoni; como representante de la Academia sevillana de Buenas Letras, de que era individuo, el Sr. Esecudero y Peroso, oficial del ministerio de Fomento, y como comendador de Carlos III, el Sr. Perez Ruiz, jefe del negociado central del ministerio de la Gobernacion.

La comitiva salió de la iglesia de San Sebastian y se dirigió á la plaza del Príncipe Alfonso y calle del Príncipe, en cuyo punto,

y frente al teatro del mismo nombre, se detuvo el féretro para que depositaran sobre él coronas de siempre vivas adornadas con cintas é inscripciones, entretanto que la orquesta del coliseo tocaba la marcha del Profeta.

El cortejo fúnebre se puso en marcha despues por la plaza de Matute hasta el cementerio de San Sebastian, donde quedó depositado el cadáver hasta el siguiente día, en que, despues de haberse dicho una misa de cuerpo presente, se le dió sepultura.

Sobre la magnífica caja en que se encierran los restos del eminente artista, se veía el manto de la órden de Carlos III y demás atributos de la misma.

La comitiva, que fué á pié hasta la puerta de Atocha, se retiró despues de haber quedado hecho el depósito y rezado un responso por el eterno descanso del que tanto brillo ha dado á nuestra escena.

Asegúrase que el cadáver del Sr. Romea será trasladado al cementerio de San Nicolás, construyéndose un panteon digno de su memoria, para lo cuál han tomado la iniciativa y abierto una suscripcion los Sres. Don Tomás Rodriguez Rubí, D. Miguel de los Santos Alvarez, D. Manuel del Palacio y D. Eusebio Asquerino.

Voy á terminar mi, por hoy, poco grata tarea, dando á conocer á mis lectores algunos datos biográficos del que sin disputa era el primer actor de nuestra escena contemporánea.

D. Julian Romea nació en Espinardo, provincia de Murcia, el día 16 de febrero de 1818.

Desde muy jóven comenzó á demostrar su afición y su talento, representando comedias en sociedades particulares y dando ya prueba del génio que luego habia de arrebatar al público en la escena nacional.

Ligado en estrecha amistad con el inolvidable D. Ventura de la Vega, se decidió por fin á presentarse en el teatro del Príncipe, donde apareció representando el drama en un acto titulado *El Testamento*, arreglado expresamente para él por dicho poeta.

Su aparicion en el teatro fué ya un triunfo. D. Mariano José de Larra, crítico tan distinguido como poco fácil de contentar, le saludó con entusiasmo, y desde entonces el público español le tuvo por una de las más brillantes glorias de nuestro teatro.

Desde aquel momento hasta hace dos años, en que desapareció para siempre de la escena, son innumerables las obras que ha interpretado, y el número de sus triunfos puede contarse por el de sus representacio-

nes. Solo recordaremos *Los hijos de Eduardo*, *La huérfana de Bruselas*, *El hombre de mundo*, *El campanero de San Pablo*, *Sullivan*, *Marcela*, *El qué dirán* y *el qué se me dá á mí*, para hacer constar que su talento se plegaba con maravillosa facilidad á todos los géneros, por más que en la comedia fuera donde más brillaba.

Dotado de una gran inspiracion, Romea, además de gran actor, era un gran poeta, y todos los que han leído sus versos, publicados separadamente en muchos periódicos y coleccionados en Sevilla, 1861, pueden dar fé de esta verdad.

Sobre el teatro habia publicado varios trabajos importantes y se cree que conservaba algunos inéditos, y hace poco más de dos años que, con motivo de la representacion de la tragedia titulada *La muerte de César*, escribió, con el título de *Los héroes en el teatro*, un folleto notable por su estilo y por las teorías que contiene.

La terrible enfermedad que le ha conducido al sepulcro no habia podido apagar el fuego que ardía en su corazon de artista, y en los breves espacios de tregua, que le concedia el dolor físico, aun discurría acertadamente sobre el porvenir de la literatura y el teatro.

Comisario régio en el Conservatorio, condecorado con varias cruces de distincion, ha muerto cuando aun podia dar muchos días de gloria á la escena pátria.

F.

EL VERANO.

I.

Bajo el follaje de robusta encina  
por la segur y el tiempo respetado,  
asilo fiel del ave peregrina  
y verde pompa del feraz collado,  
miro cuán lento y grave el sol inclina  
el ancho disco y resplandor sagrado,  
y solo yo con la natura en calma,  
melancólica paz siento en mi alma.

II.

Ya vienes tú, consuelo y compañera  
en el sendero de mi triste vida,  
tú, que engalanas la verdad severa  
y formas dás á la ilusion querida,  
y nueva luz á la celeste esfera,  
y aromas á la selva florecida,  
inspiracion, inspiracion ardiente,  
con tu llama inmortal toca mi frente.

III.

Del astro-rey al muribundo rayo  
enagenado admire en torno mio  
el sáuce mústio en lánguido desmayo  
besando el haz del trasparente rio:  
el prado que gentil ornara Mayo  
y enciende ahora el caloroso estío,  
donde la rubia miés trémula ondca  
cuandó el céfiro plácido la orea.

IV.

¡Oh, cómo á nuestros ojos aparecen  
de magestad vestida y hermosura,  
y cuán grata y fecunda resplandeces  
en el campo andaluz, rica natural!  
Por tí su fruto en los estivos meses  
rinden el monte, el valle y la llanura,  
y bajo el techo de la humilde choza  
el labrador al contemplarlos goza.

V.

Goza, sí; de sudor con larga vena  
bañó los surcos fértiles que abria  
su reja corva en rústica faena  
desde la aurora hasta morir el día:  
la espiga ya creció: muestra serena  
el antiguo olivar su lozanía,  
y el fresco y ancho y delicioso huerto  
está de flores y verdor cubierto.

VI.

Mas no el olivo ni la miés dorada  
órnan tan solo mi natal ribera;  
que su lujo y su pompa más preciada  
naturaleza pródiga le diera:  
acaricia purpúrea la granada  
el tronco de la altísima palmera  
y sus hojas el plátano sonante  
ufano mueve con el áura errante.

VII.

El naranjo do quier su copa extiende  
llena de olores y de pomas de oro,  
que el meridiano sol vívido enciende  
de su luz al espléndido tesoro:  
parece que la rama se desprende  
hácia el arroyo de cristal sonoro,  
y que el arroyo murmurante pára,  
viendo en sus ondas su belleza rara.

VIII.

Morados lirios hay, rojos claveles  
y entre la grama blancas azucenas,  
simple tomillo, plácidos laureles  
y madreselvas de fragancia llenas:  
de donde liba sus sabrosas mieles  
la abeja en las auroras más serenas,  
con eco ronco y en copioso bando  
de floresta en floresta revolando.